



La

Revista

Moderna

Semanario ilustrado.

DIRECTOR

FÉLIX DE LA TORRE

Redacción y Administración:

21, Claudio Cloello, 21.

Establecimiento tipográfico:

20, Claudio Coello, 22.



ABANDONADA—DIBUJO Á PLUMA DE ROGELIO LÓPEZ



Comentarios

Hacía ya mucho tiempo que el buen público de la corte no aportaba por los pasillos de las Salesas, ni llenaba los salones donde se ejerce la justicia. Esto de los *crímenes pasionales* y de los *delitos sensacionales* que dicen los *reporters*, inspira siempre grandísimo interés; pero las circunstancias presentes no son, por cierto, las más á propósito para que la vista de un proceso cualquiera logre atraer la atención general, preocupada muy honda y seriamente por las desgracias de la Nación.

En tal sentido, sería cosa de pensar si la excitación producida en el público por la vista del proceso de Villuendas será signo de un convencimiento íntimo ó, mejor todavía, de un presentimiento de que la situación va á mejorar rápidamente, y de que, abandonado ya el tema de la guerra, volvemos la vista hacia asuntos tan *pacíficos* como los asesinatos, robos, etcétera, *entretenimientos* propios de las naciones cultas y prósperas, cual Francia, donde el interés *procesal* está aún más desarrollado que en nuestro país.

No intentaré discutir la salubridad moral de que pueda servir, para quienes lo contemplan, el espectáculo de las causas célebres; pero indudablemente es menos perjudicial este espectáculo, al cual asiste reducido número de personas, que la lectura de folletines *criminosos*, y, en mi entender, es menos malsano que otras muchas..... cosas á las que suele llamarse *diversiones*.

El público es en resumidas cuentas, quien dirige, y los periodistas, como el tan acreditado Vicente, vamos adonde va la gente, porque gente somos y no genios de la ciencia ó del arte, ni próceres ó potentados.

Por eso, con permiso de algunos queridos colegas, á quienes pareció mal que profanásemos el santuario de la Justicia introduciendo en él una máquina fotográfica, me permito creer que el fotógrafo de LA REVISTA MODERNA no produjo la menor perturbación, ni causó el más leve perjuicio á los altos intereses de la sociedad, sacando una instantánea del acto. Quienes argumentan contra la pretendida *profanación* son, de fijo, partidarios de los modernos procedimientos y especialmente de la publicidad en los debates y del Jurado; pues, ó no hay lógica, ó la fotografía es una consecuencia y un medio auxiliar de esta publicidad, y si me hurgan, diré, respetando muchísimo la feliz memoria y la clara inteligencia de mis compañeros citados, que no existe medio alguno más verídico y menos ocasionado á inexactitudes y á confusiones, cuando se quiere dar idea de un acto como ese, que fotografiarle. ¿En qué ha padecido la respetabilidad de los Tribunales, ni en qué se han amenguado los prestigios de la toga porque un testigo seguro y de buena fe probada, como lo es la cámara oscura, haya asistido al cumplimiento de la misión altísima que aquéllos desempeñan? Hace quince días se publicó en estas mismas columnas una fotografía instantánea que representaba el santo sacrificio de la misa en un cuartel. El fotógrafo había obtenido la prueba en el momento en que el sacerdote elevaba la Hostia consagrada, cuando todo el regimiento rendía las armas é hincaba la rodilla. Y á ningún sacerdote, á ninguna autoridad eclesiástica, á ninguna persona piadosa le ocurrió pensar que el tal grabado constituía profanación ni irreverencia; es más: el respetable Sr. Obispo de Sión aprobó calurosamente la instantánea de *La misa en el cuartel*. Todo cuanto es justo, santo, noble ó bello debe ser propagado, y un Tribunal en el desempeño de su grandiosa misión, nos parece á los hombres modernos tan bello é interesante, por lo menos, como al César Carlos V le parecían cuatro cosas: «hombre de armas en campo, prelado revestido de pontifical, ladrón colgado en la horca y...» otra cosa que es imposible decir aquí, ni en ningún sitio honesto.

Sin hablar de cosas tan sublimes como las ceremonias religiosas, también se me figura dignísima y respetabilísima la representación de un cuerpo militar ó de un regimiento; por lo menos se me ha de conceder que el prestigio del uniforme es tan grande como el de la toga, y la fotografía ha reproducido, con el beneplácito de los más ilustres jefes del Ejército, actos de servicio, maniobras y operaciones de campaña.

Serio, muy serio es un juicio oral; pero nadie sostendrá que es más serio que una misa, ni siquiera que es más serio que el momento en que un batallón forma el cuadro. Respetables, muy respetables son el Tribunal, los abogados y los fiscales; pero nunca más respetables que Dios presente en las Santas Formas según la Religión, ni más respetables que el Rey, ni más respetables que la bandera nacional en manos del abanderado.

Y si desde el punto de vista estético se discute, un escritor tan reputado como el comentarista y analizador de Ruskin, Roberto de la Sizeranne, ha demostrado en reciente artículo que la fotografía alcanza ya el valor de un arte verdadero y la virtualidad que todo arte posee de ennoblecer lo que imita ó reproduce.

La lectura de un excelente artículo publicado en *El Imparcial* ha sugerido al opulento capitalista Sr. Marqués de Villamejor la idea de que se haga en España una suscripción semejante á las ya realizadas por los nobles patriotas españoles residentes en América, con el fin de aumentar nuestra marina de guerra. El Sr. Marqués, imitando la conducta de los insignes iniciadores de la idea en Méjico, Sres. D. Telesforo García y D. Antonio Basagoiti, ha tenido el generoso desprendimiento de ofrecer un millón de su bolsillo particular para encabezar la lista de suscriptores.

Nada más plausible ni más consolador en estos tristísimos tiempos que la conducta del noble patrio que, llegado á la senectud, sigue preocupándose del porvenir de la Nación, y procura, no sólo con el acto material, sino con el valor moral de éste, levantar los corazones de quienes se encuentran en disposición de secundar esa hermosa iniciativa, como es indudable que la secundarán, pues no tenemos derecho á pensar que los grandes capitales que existen, contra la general creencia, en nuestro país, continuarán mohosos é improductivos en las cajas, y no seguirán el camino tan explícitamente indicado por la oferta del Sr. Marqués.

La previsión á que obedece esta oferta domina en los ánimos de todos; á nadie se le oculta que pueda sernos de la más urgente necesidad reforzar nuestra escuadra, y para esto no se debe desperdiciar momento ni prescindir de sacrificio alguno.

El primer paso está dado ya: es necesario seguir, y la verdad es que llevando un millón por delante no hay mucho que temer.

En época no muy lejana de la actual tuvo España una generación de músicos inspirados, originales, ingeniosos, cuyas obras se conservan, no sólo en el teatro, sino en el oído individual, en esa música tarareada ó recordada interiormente que forma el caudal artístico de cada hijo de vecino y el *leitmotiv* de sus desahogos cuando el hijo de vecino está contento, ó cuando, según el refrán, *rabia ó no tiene blanca*.

Entre los músicos de aquella época, Gaztambide fué uno de los que más pronto y con mayor facilidad se apoderaron del público, y tal vez el que mejor supo servirle, agrardarle y hacerle sentir. Sin el sabor clásicamente castizo de Barbieri, sin el romanticismo fogoso de Arrieta, Gaztambide componía música siempre interesante, lo mismo por lo dramático que por lo gracioso. Los otros tendrán más jugo, más substancia artística, pero Gaztambide es más fácil de comprender y de recordar, más sencillo y candoroso en las burlas y en las veras. No cala hondo, como Barbieri, en el fecundísimo terruño de la música popular; pero se hace entender del pueblo y de la burguesía aficionada, y de los ignorantes y de los niños. En lo cómico tiene hallazgos tan felices como el famosísimo *Ego sum...* del lego de *Los Magyares*, y en lo lírico y romántico, inspiraciones tan bellas como la serenata de *El pleito*, que en boca de Gayarre, parecía un fragmento de los mejores de Verdi *el Grande*, que es el mismo Verdi pequeño, aunque parezca mentira.....

Pues bien: para trasladar los restos de Gaztambide ha sido necesario dar una función el martes pasado con objeto de allegar recursos. La familia del popular compositor no es, como debiera ser, rica y pudiente. ¡Eterna historia! Alguien se ha hecho rico á expensas del ingenio y del trabajo del pobre artista.

Crean los socialistas de blusa que son muchos, pero muchos los que necesitan emanciparse *también*.

F. NAVARRO y LEDESMA



EL MARQUÉS DE VILLAMEJOP



Concurso de fotografías de LA REVISTA MODERNA.



COSTURERA ANDALUZA — Fotografía de Castillo (SEVILLA).

EL GUANTE ⁽¹⁾

Salió del teatro y tras ella salí yo, dispuesto á seguirla hasta el fin del mundo si era preciso, pero con el firme propósito de saber quién era.

Anduvimos un rato; llegaron á la puerta de un café; pasó la señora que la acompañaba, y que parecía ser su madre; entró ella, y ya que vi dónde se colocaron, penetré yo, ocu-



pando la mesa próxima á la que ellas tenían. Vino el mozo, pidieron unos helados, y mientras los servía, mi incógnita se quitó los guantes.

Trajeron los sorbetes, yo pedí no sé qué, y estando mirando aquella cara hechicera, vi que uno de los guantes había caído al suelo. Lo acerqué con el bastón, dejé caer sobre él mi pañuelo y con mucho disimulo cogí aquel pedazo de cabritilla, cuyo contacto puso todos mis nervios en tensión. Era de color heliótropo, tenía dentro el número 22, exhalaba un delicioso perfume y era digna cárcel de aquella mano redonda y bien modelada que yo me complacía en contemplar; seguí observando y vi que á aquella mano seguía un brazo, cuyos contornos no pude apreciar por la abundante cantidad de no sé qué tela, que en forma de manga lo envolvía, pero el brazo estaba unido á un busto perfectamente delineado, sobre el cual se ostentaba una cabeza bonita y picaresca.

Con el guante en la mano y los ojos fijos en su dueña, ni tomé lo que había pedido, ni pude apreciar el tiempo que permanecimos en el café.

Llegó el momento de salir, y al levantarse las dos señoras, la más joven me dijo con voz melodiosa, mientras sus labios se plegaban con una sonrisa:

—Caballero, ¿me hace usted el favor de mi guante, que me lo voy á poner?

Mi rostro tomó el color de la grana, y turbado, sin saber qué decir, entregué aquella

(1) Del libro *Novelucas*, próximo á publicarse.

prenda, que hubiera deseado conservar y de la que yo creía haberme apoderado con tan grande habilidad.

Salieron del establecimiento, y yo, tenaz en éste como en todos mis propósitos, seguí tras ellas. Después de recorrer varias calles, las vi entrar en una casa, cuyo número apunté, y fuíme á dormir, dejando para el día siguiente la continuación de aquel idilio.

Mi sueño de aquella noche se vió turbado por multitud de fantasmas; siendo lo raro que todos ellos llevaban un guante de color heliotropo y un número 22 en la mano.

Al otro día y durante muchos de los siguientes no tuve otra ocupación que pasearme por enfrente de los balcones de mi bella desconocida, sin conseguir averiguar en qué piso vivía ni nada que á ella se refiriese.

Por fin, una noche, al cabo de quince ó veinte días, sentí abrir un balcón, miré y vi en él al objeto de mis afanes. Estuvo algún tiempo asomada, después se internó en la casa, dejando los cristales abiertos, lo cual me hizo creer que volvería. Con efecto, volvió, y casi al mismo tiempo que cerca de mí caía un objeto, sentí el ruido de la falleba al cerrarse.

Me incliné para ver lo que había en el suelo, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer el guante que, por casualidad, había estado otra vez en mi poder. Lo recogí y me fuí precipitadamente á mi casa.

La impaciencia me devoraba. Aquello, indudablemente, era una prueba de amor, ó, por lo menos, constituía una demostración de simpatía y una esperanza.

Aquella mujer hechicera había comprendido, con la perspicacia propia de su sexo, lo que pasaba en mi corazón y se adelantaba á mis pensamientos.

¡Mujer angelical!

Entré en mi cuarto lleno de alegría. Mis sienes latían con violencia. Encendí luz, saqué del bolsillo el objeto de mis ansias, lo miré, deposité un sinnúmero de besos sobre la fina piel, hice todo género de demostraciones y locuras, y cuando ya, cansado de saltar y dar vueltas como un demente, me disponía á guardar mi tesoro, salió de su interior un papelito muy doblado, que cayó al suelo.

Lo desdoblé y leí en él lo siguiente:

«Amigo mío: Es Ud. un solemne majadero. Lleva un mes acechando, sin encontrar forma de llegar donde se propone.

»Empezó Ud. como hombre de mundo y termina como un colegial.

»Al principio me fué usted simpático, y creo que hubiera llegado á quererle; pero ya que tanto tiempo necesita para decir á una mujer que le gusta, puede buscar por el mundo un alma cándida que tenga paciencia para aguantarle.

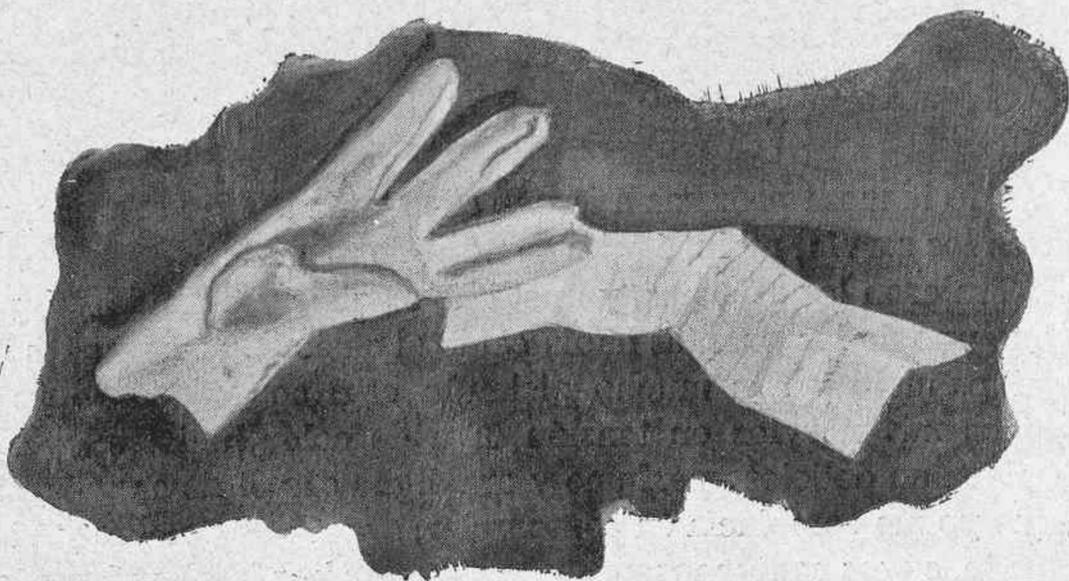
»Guarde Ud. ese guante, que fué el principio de una historia, cuyo fin es éste, y que le sirva de recuerdo para ajustar su conducta en adelante.

Ana.»

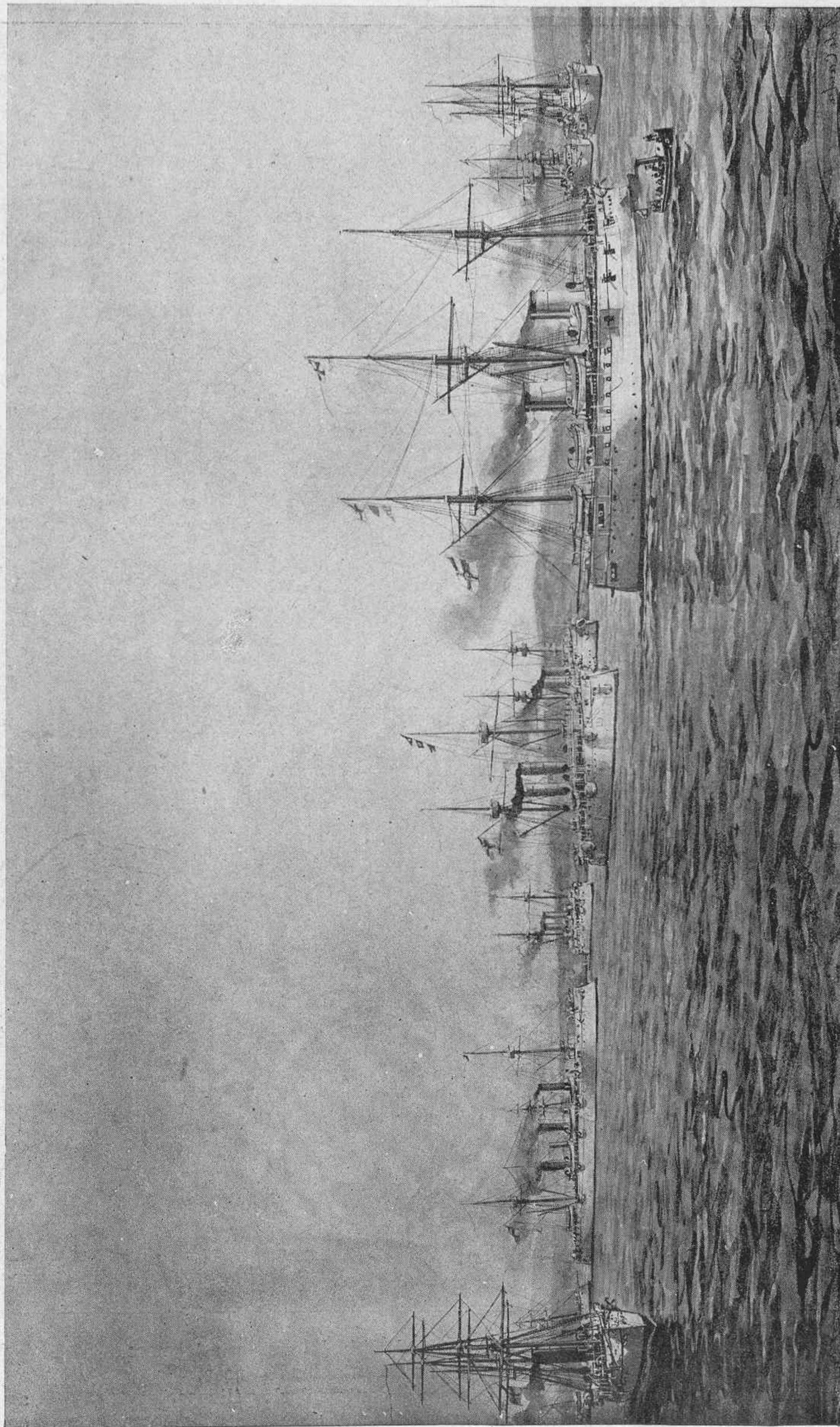
Terminada la lectura de este extraño billete, me quedé pensativo, y después de largo rato de meditación, solamente me ocurrió exclamar:

—Hay que ser osado. Tiene razón: soy un imbécil.

MANUEL DE CASTRO



LA CUESTIÓN DE ORIENTE



Arcona. Geier.

Comoran. Kaiserin Augusta.

Irene. König-Wilhem.

Prinzess Wilhem.

Deutschland.

Gefion. Kaiser.

(Dibujo de A. de Caulta.)

LA ESCUADRA ALEMANA EN KIAO-TCHEU

ZAHARA



Sobre lujosa alfombra recamada
la virgen del desierto está tendida,
y al encontrarse sola, descuidada
se reclinó, dejando inadvertida
la forma incitadora mal velada.

Como al soplo del aura se estremece
el albo seno en dulce balanceo,
el moro al contemplarlo palidece,
y entre Zahara y Hamed risueña crece
la imagen pecadora del deseo.

¡Duerme la virgen, y el templado aliento,
al pasar por sus labios tentadores,
amargo suspirar finge de intento,
como el errante suspirar del viento
que débil roza en las pintadas flores!

Y tras sus rojos labios contraídos
figura la pasión ver los millares
de besos que palpitan escondidos,
como tras los celajes encendidos
palpitan los celestes luminaires.

Y sus ojos, serenos y rasgados,
la luz crepuscular de la mañana
fingen, no estando abiertos ni cerrados,
que fué la mano caprichosa y vana
de la ilusión quien los dejó entornados.

La vista ansiosa con espanto clava
de nuevo el moro con afán creciente;
tórñase el rostro pálido y doliente,
y como ruge la pantera brava,
rugió doblando la angustiada frente.

¡Jamás! Jamás el corazón humano
sintió dentro de sí lucha tan fuerte:
el sediento que mira el Oceano
y que agua toca con tender la mano...
y lucha con la sed que le da muerte.

De la pasión el bárbaro acicate
le acosa sin cesar, y á un tiempo mismo
su corazón, que con angustia late,
le ataja en el camino del abismo
y es fuerza sucumbir en el combate.

¿Qué hiciera el pecador, por su impureza,
á eterno sufrimiento condenado,
si desde el fondo donde fué arrojado
contemplara del cielo la belleza,
si en él quisiera estar, fuera pecado.

Su corazón, como la seca rama
al sentir del amor la primavera,
cenizas fué con la primera llama,
que cundió tan voraz y tan ligera
como cunde un incendio en la retama.

Perdida la razón, ciego, vehemente,
á Zahara contemplaba con fijeza;
su desesperación casi en grandeza
próxima á convertirse, y de repente
levantó con orgullo la cabeza.

Un algo misterioso, algo violento
apacentó en su pecho los enojos
y encendió su mejilla en un momento,
y fueron avivándose sus ojos
por la chispa fugaz de un pensamiento.

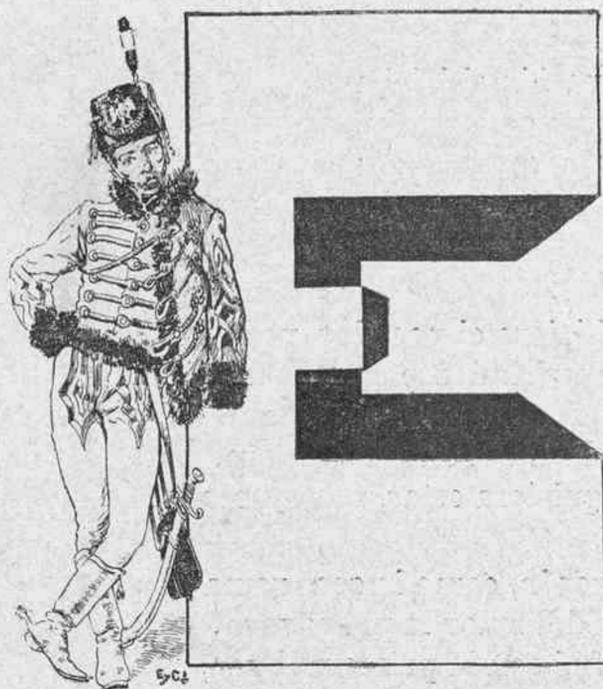
Y como si de pronto despertara
de largo sueño ó de febril desmayo,
con ambas manos se frotó la cara,
quedó un momento contemplando á Zahara
y salió de la alcoba como un rayo.

MANUEL PASO

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

(Dibujo de Huertas.)

Una venganza.



I

LLA, la altiva Baronesa viuda, la orgullosa descendiente de los héroes de las Cruzadas, la nieta por línea colateral de un Conde, no volvió á acordarse ni del gañán ni del latigazo. Lo descargó por necesidad de su espíritu soberbio, nunca domado; por su vanidad de aristócrata, que no sufrió jamás imposición de villanas gentes. Fué un castigo y lo olvidó. Pero al injuriado no se le apartaba un momento la terrible remembranza de la memoria, y mal podía apartársele cuanto que la mantenía siempre ardiendo, como fuego sagrado que alimentaba la venganza.

Sucedió el choque en una serena tarde de aquella primavera precursora del alzamiento de los campesinos franceses al grito de «¡abajo los privilegios!» Ya entonces la presencia de un noble por entre los sembrados era seguida con miradas de odio, que aun no se atrevían á lanzarle á la cara.

Todavía intimidaba el cepo. El labriego estaba escardando en un huertecito de su propiedad, cuando sintió detrás de sí el resoplido de un caballo. Se irguió con presteza y vió á sus espaldas, jinete en un nervioso alazán, que acababa de refrenar, á la Baronesa del Castillo de los Pinos, una rubia aristócrata, delicada como una Psiquis y orgullosa como un Juno. Su intención era manifiesta. Se le echaba la noche encima y había tomado linderos á través para acortar la vuelta.

El aldeano se descubrió con respeto, y exclamó con firme acento y devorándola con una mirada ardiente, en la que se adivinaban contenidos deseos:

—Señorita, perdón; pero no podéis seguir por aquí.

—¿Por qué?— preguntó la dama, clavando en el rústico sus acerados ojos claros.

—¡Porque vuestro caballo no me va á dejar una hortaliza sana!

—¡Y á mí qué me importa eso!— repuso con acritud la amazona, añadiendo: —¡Ea, apártate si no quieres que te atropelle!

El labriego no se movió, y cumpliendo su promesa, la beldad picó espuela á su corcel, á la vez que el campesino, que había previsto la acción, le asía bruscamente del diestro, sujetándole con una mano tan dura, que le obligó á plantarse, poniendo un momento en grave riesgo el equilibrio de su jinete. Pero aquella mujer era una caballista admirable: refrenó el potro, que se iba á la empinada, y ya dominado, bramando ella de coraje, levantó el latiguillo y cruzó la cara al irrespetuoso aldeano, gritándole:

—¡Suelta esas riendas, insolente!

La mirada que despidieron los ojos del labriego fué espantosa. Toda la sangre se le arrebató á las sienes é hizo un movimiento instintivo de acometida. Pero se contuvo, se pasó la mano libre por el verdugón y gritó reprimiendo la ira, que le hacía castañetear los dientes:

—Aunque los de arriba no lo creáis así, también hay en nuestros pechos hidalguía! Sois una mujer, y os respeto; pero nuestro gran día se acerca: el día en que los escarnecidos nos cobraremos lo que nos debéis, y yo os juro, señorita, que me pagaréis este latigazo.

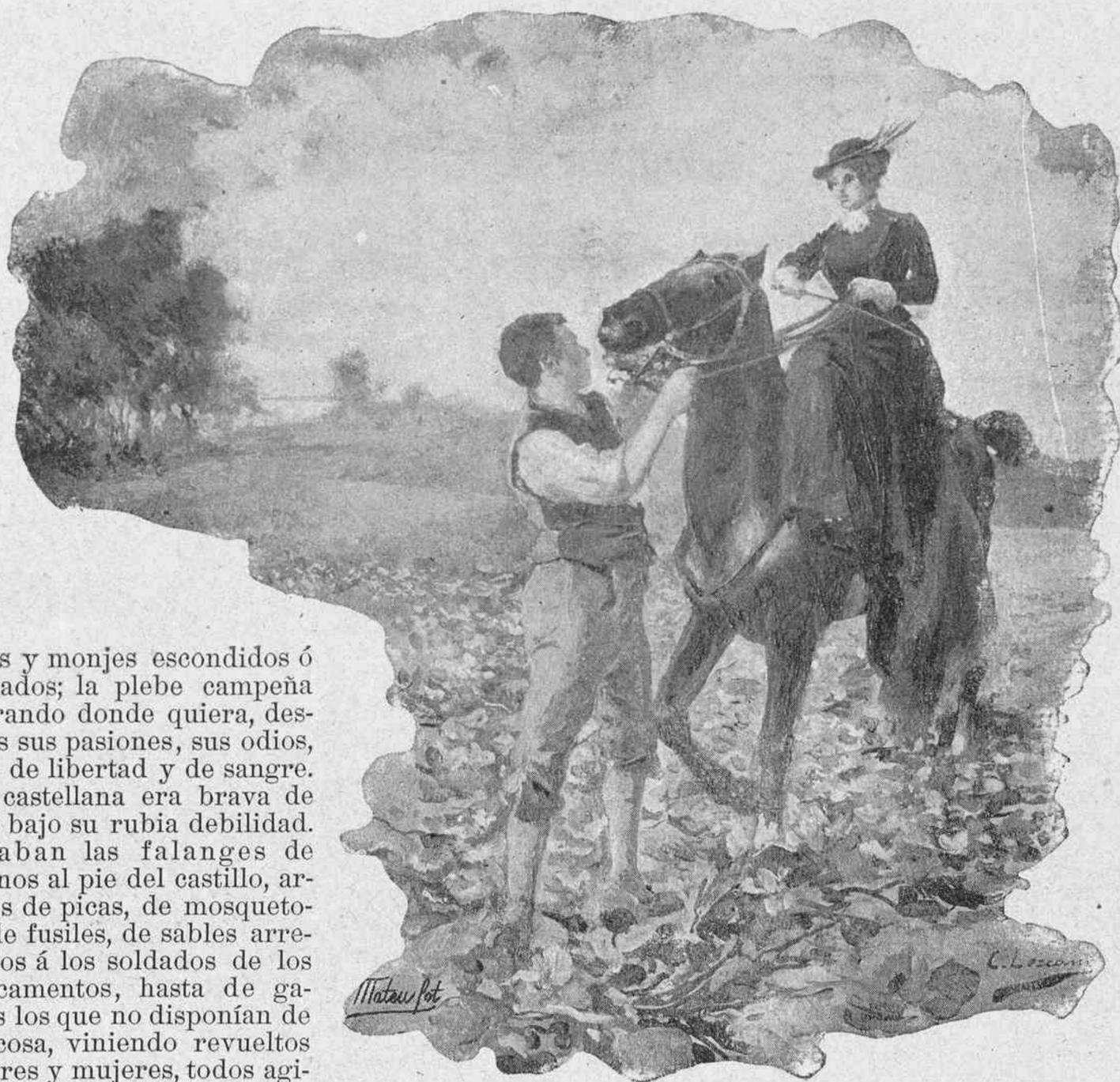
El mismo azuzó luego al caballo, y el potro partió al galope, hollando las legumbres, mientras que la dama vertía la última burla sobre la cabeza del joven campesino, diciéndole entre un torrente de risa:

—¡Ya ajustaremos cuentas, buen hombre!

II

Detrás de la cuadriculada vidriera; sola en aquella estancia del castillo, atestada de cómodas, de mesitas, de cornucopias, en las que brillaban el oro, el mármol y la caoba, estremeciéndose de rabia contemplaba la orgullosa Baronesa la muchedumbre armada de campesinos que se venía á más andar á su suntuosa vivienda. Todo el mundo, á excepción de algún viejo criado, había huído de la casa. Días atrás la rodeaban dos abates, un magistrado y tres señoras de la más linajuda estirpe, sus huéspedes de verano; y allí mismo, donde ahora permanecían mudos el arpa y el clavicordio dentro de sus fundas de seda persa, se hacía música. Ninguno tuvo el valor de acompañarla; todos huyeron apenas las primeras parroquias de la comarca comenzaron á tocar á arrebató. Ella únicamente desoyó súplicas y consejos y se quedó llena de heroísmo.

Desde la ventana distinguía la vasta llanura con sus dos ó tres grandes claridades, que el crepúsculo vespertino aumentaba: eran otros tantos incendios, otros tantos castillos que ardían. Y mientras, el río de gente se aproximaba hasta oírse ya su estruendo, semejante al de una inundación echándose encima con violencia. La Baronesa no desconocía lo que le aguardaba dentro de unos minutos. Toda la comarca estaba lo mismo: las mansiones señoriales y abadías entregadas á las llamas;



nobles y monjes escondidos ó ahorcados; la plebe campeña imperando donde quiera, desatadas sus pasiones, sus odios, ávida de libertad y de sangre.

La castellana era brava de veras bajo su rubia debilidad. Llegaban las falanges de aldeanos al pie del castillo, armados de picas, de mosquetones, de fusiles, de sables arrebatados á los soldados de los destacamentos, hasta de garrotes los que no disponían de otra cosa, viniendo revueltos hombres y mujeres, todos agitando, todos blandiendo sus instrumentos de muerte. Las

voces claras y distintas pegaron contra la cuadriculada vidriera. La Baronesa, al fin era mujer, sintió un instante de desfallecimiento; pero cobró nuevos bríos en fuerza de voluntad, se impuso á la materia, y para darse ánimo á sí misma comenzó á rezar con fervor. Sin moverse, convertida en una estatua, siguió con atento oído lo que pasaba fuera: escuchó los golpazos sobre las recias puertas de roble hasta que cedieron, escuchó el vocerío de la muchedumbre en los patios, el rumor de las turbas aproximándose. No hubo lucha. Los escasos servidores tenían orden de no resistir.

De improviso se abrió la puerta de la estancia, y apareció bajo el dintel una figura varonil y arrogante de campesino, con el pelo en desorden y un largo espadón al cinto. La Baronesa se irguió,

dispuesta á sucumbir con dignidad, y clavó sus ojos en el aldeano. Su rostro le trajo una vaga remembranza á la memoria.

—Yo he visto antes de ahora á este hombre—pensó, y tornó á mirarle sugestionada, á su pesar, por su apostura.

El revolucionario se había ido acercando á ella lentamente, y cuando llegó hasta casi tocarla, la dijo sonriendo, pero fulgurándole las pupilas, no ya sólo de ira, sino de pasión:

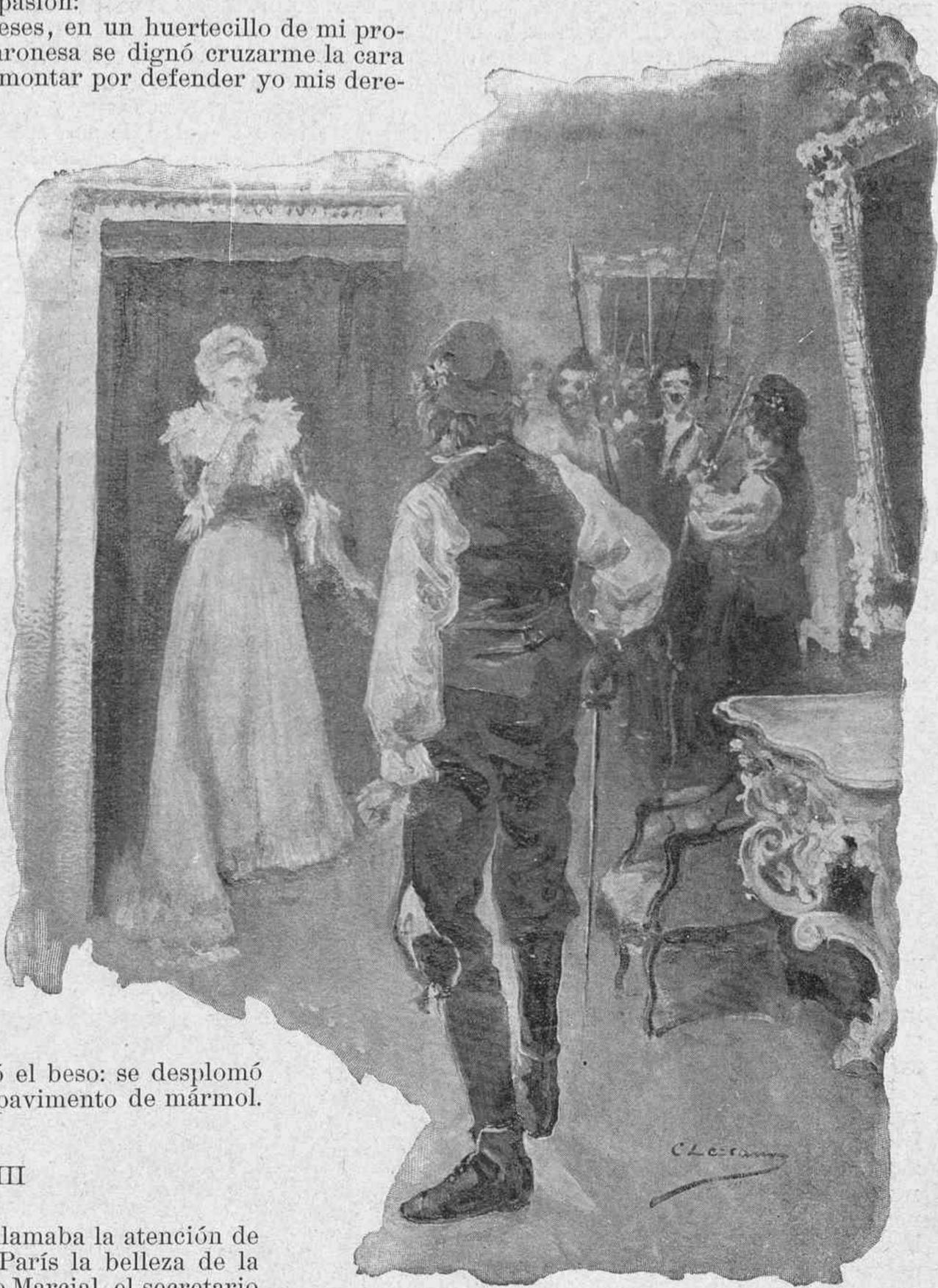
—Hace cuatro meses, en un huertecillo de mi propiedad, la señora Baronesa se dignó cruzarme la cara con su latiguillo de montar por defender yo mis derechos. ¿No se acuerda de este episodio la señora Baronesa? Lo habrá olvidado. Yo era un cualquiera, nadie. Pues la refrescaré la memoria. Prometí entonces vengarme de la afrenta, y ha llegado el instante de realizar mi propósito.

La dama se preparó á morir, y de repente sucedió una cosa inaudita, extraordinaria, que la Baronesa no podía imaginar siquiera, que la dejó aterrada. Aquel hombre la cogió rápidamente en sus brazos, y sin darle tiempo á nada, estampó en sus suaves mejillas de aristócrata sus rudos labios de campesino. La mujer no intentó defenderse, lanzó un grito, y lo que quizá no hubiera hecho el puñal asesino, lo consiguió el beso: se desplomó sin sentido sobre el pavimento de mármol.

III

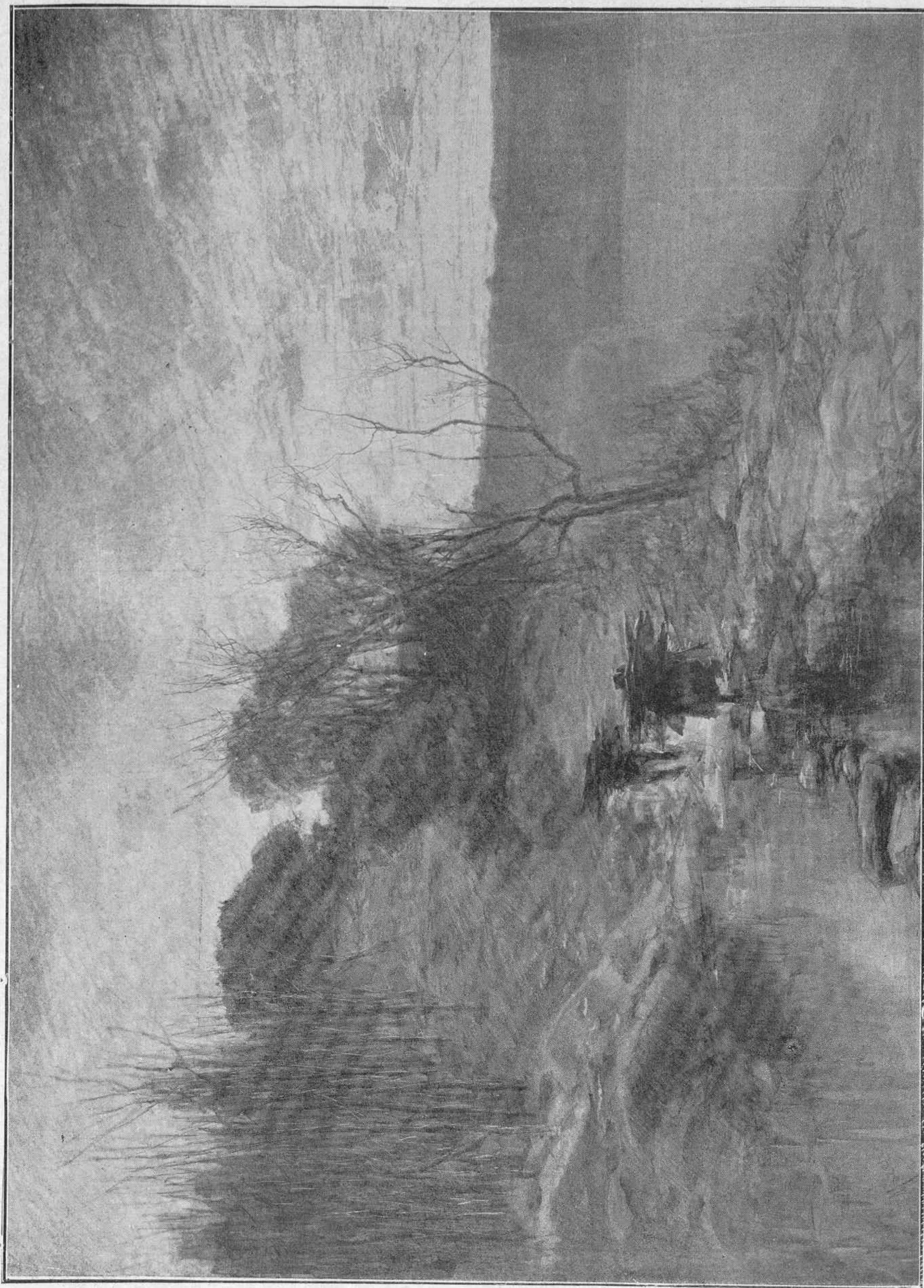
Meses de después llamaba la atención de los descamisados de París la belleza de la mujer del ciudadano Marcial, el secretario del Comité de Salud pública del octavo distrito. Si él no hubiera sido un integérrimo patriota bien probado, habría existido motivo para sospechar que aquella mujer, de oficio planchadora, era una aristócrata disfrazada que huía así del patíbulo.

(Dibujos de Lezcano.)



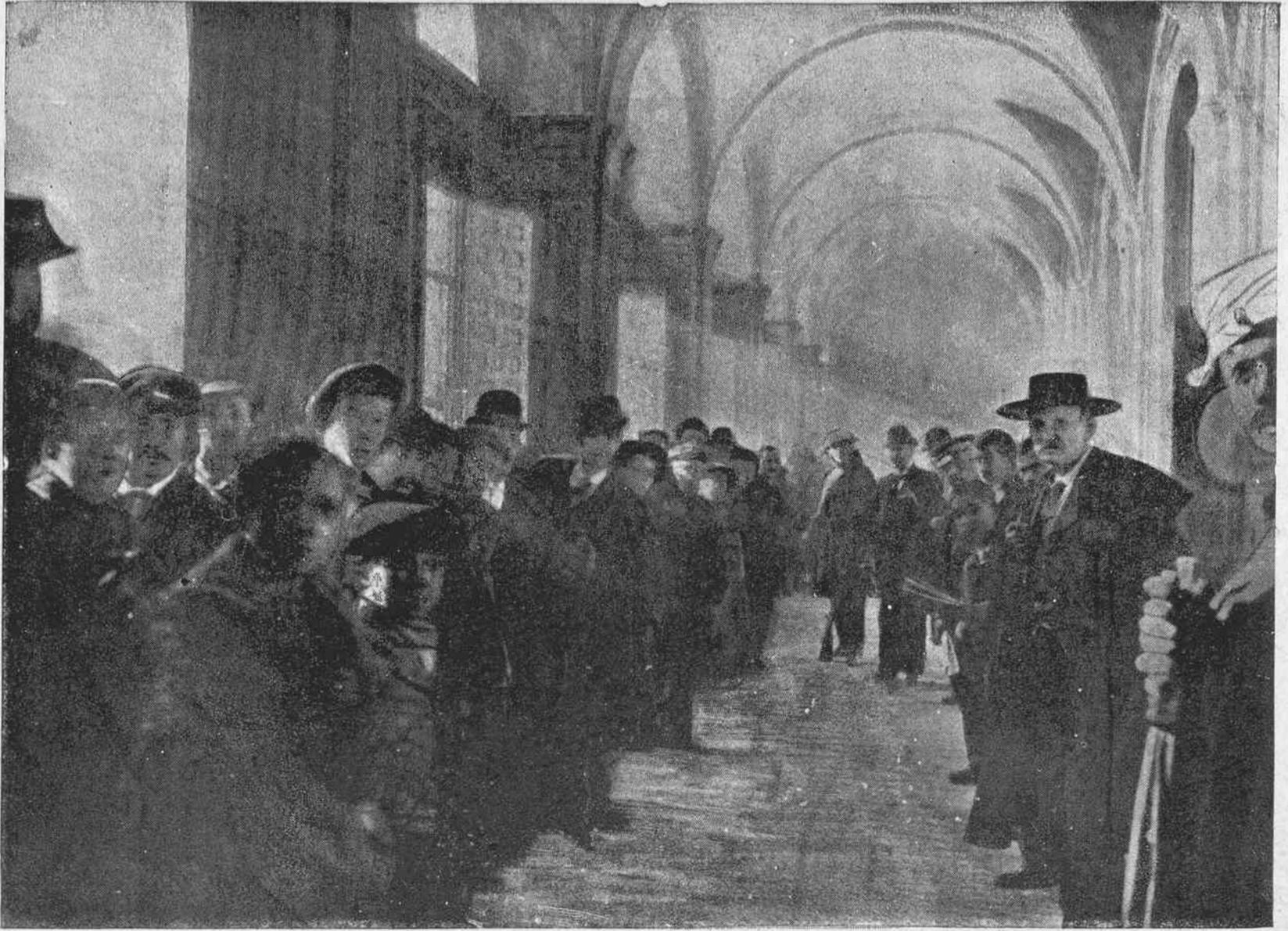
ALFONSO PÉREZ NIEVA

J. MORERA

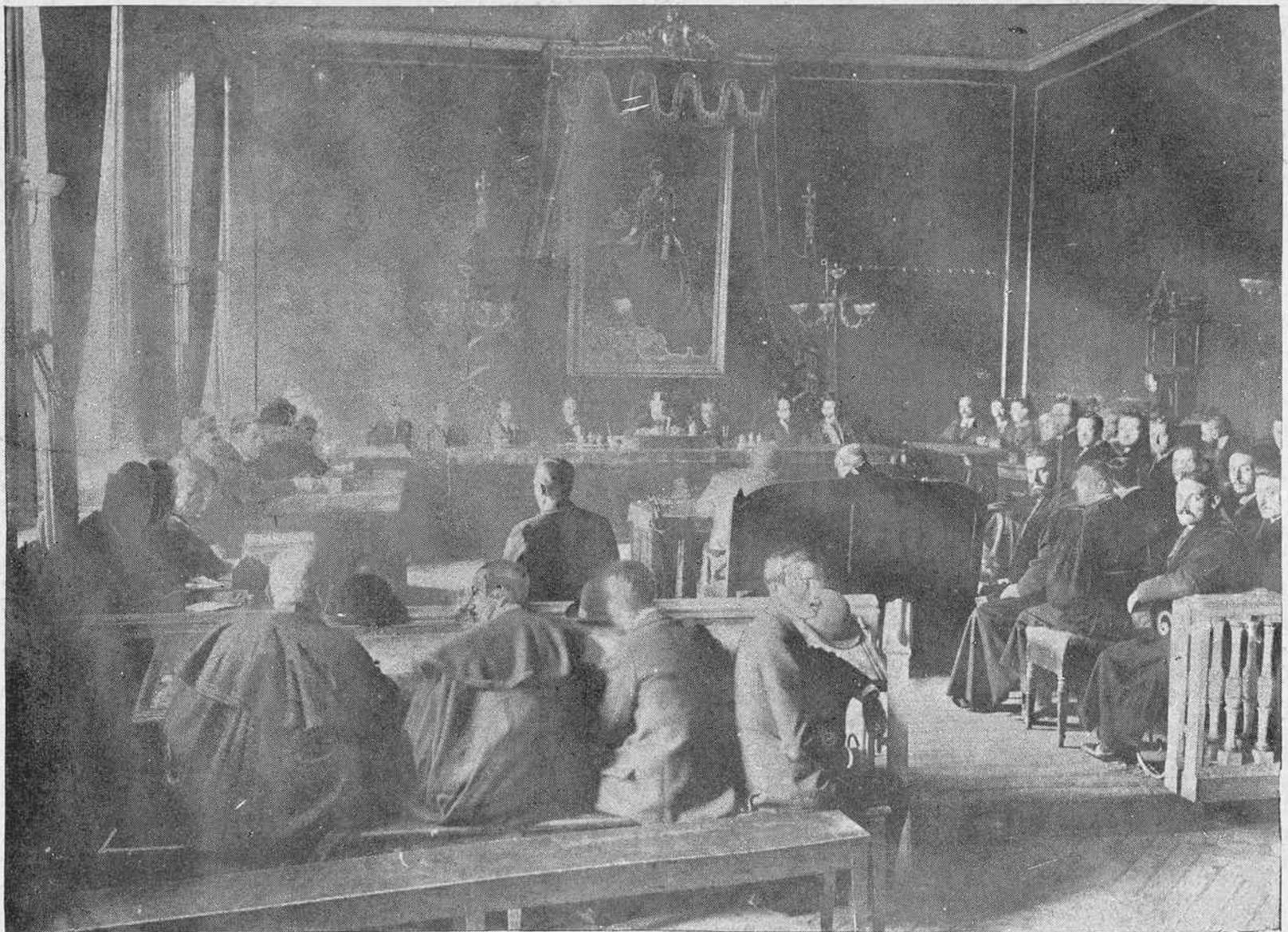


LAS FAENAS DE DICIEMBRE

EL ASESINATO DE MORENO POZO



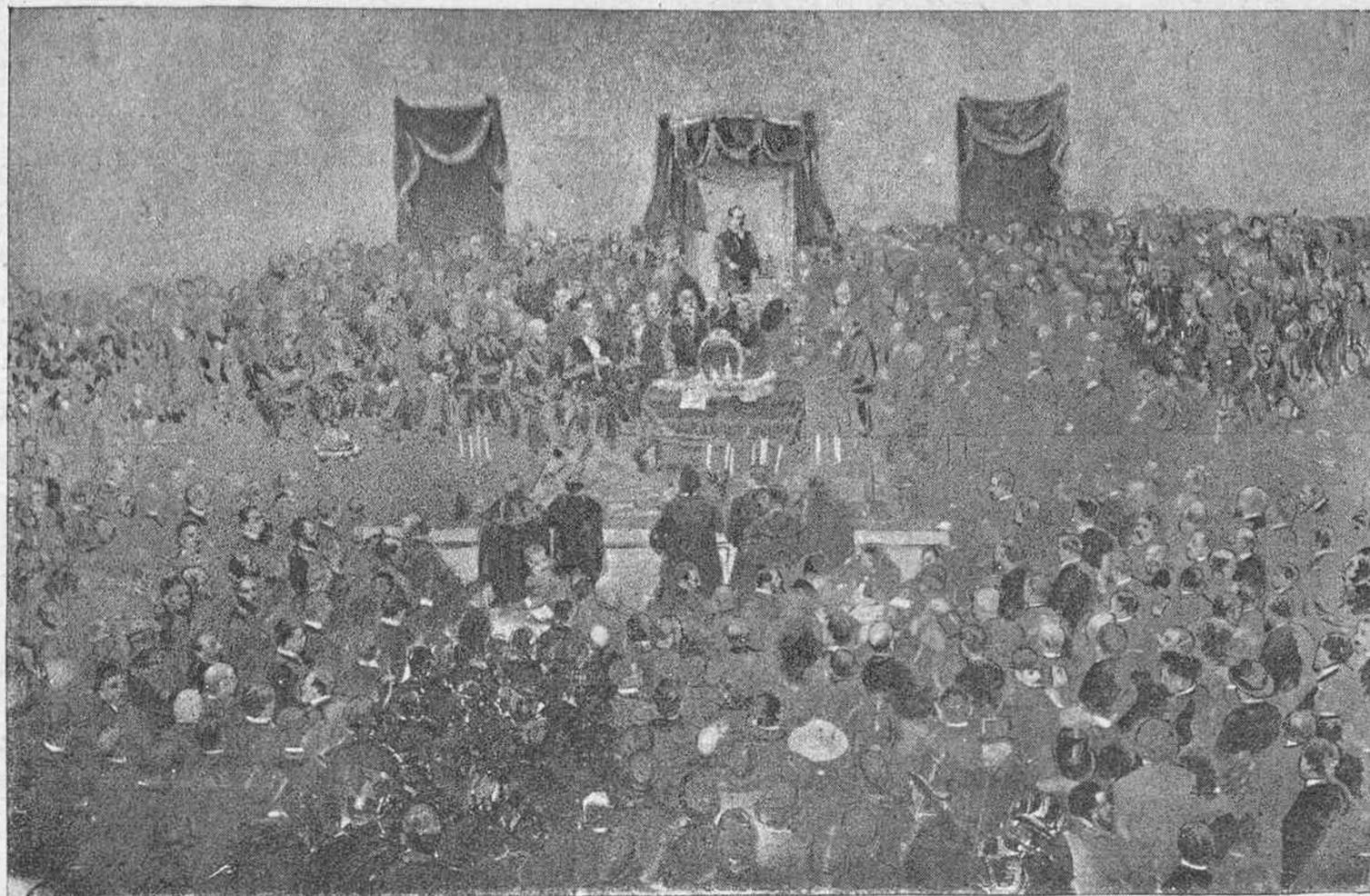
ESPERANDO AL PROCESADO



Segunda sesión de la vista del proceso contra el panadero Villuendas. Fotografía hecha antes de dar el Presidente la voz de ¡audiencia pública!

(Fotografías de Medina.)

DE POLÍTICA



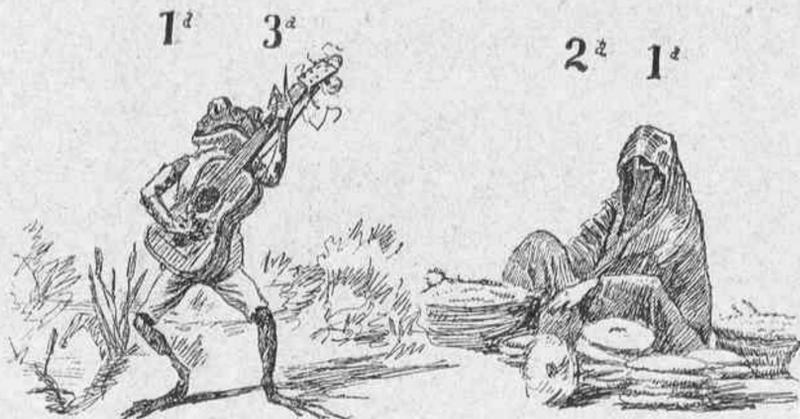
ASAMBLEA ROMERISTA CELEBRADA EN EL FRONTÓN EUSKAL-JAI DE MADRID EL 10 DEL CORRIENTE
(Fotografía de Medina.)



LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á MADRID EL 12 DEL ACTUAL

BATURRILLO

CHARADA EN ACCIÓN



RESTA DE NOMBRES

- 1.º Hallar un nombre de varón, de siete letras.
- 2.º Quitarle una letra; con las seis restantes formar el nombre de una conocida obra lírica.
- 3.º Quitar otra letra; con las cinco restantes formar un nombre de mujer.
- 4.º Quitar otra letra; con las cuatro restantes formar el nombre genérico de una composición musical.
- 5.º Quitar otra letra; con las tres que quedan formar un conjunto de agua.
- 6.º Quitar otra letra, y quedará un infinitivo.
- 7.º Quitar otra, y quedará una vocal.
- 8.º Con las seis letras que se han ido quitando, formar el nombre de una mujer.

FRASE HECHA

El otro día—me dijo D. Tadeo—estuve en La Granja, y tuve el capricho de beber un vaso de agua en la fuente de la Fama y otro en la de los Baños de Diana.

M. MARZAL

ARITMÉTICO

*
*
*
*
*
*
*
*
*
*

Sustituir las estrellas y los puntos por letras de modo que en cada línea horizontal se lea una cantidad, y en la vertical de estrellas la suma de todas las horizontales.

LOGOGRIFO NUMÉRICO CHARADÍSTICO

1	Constelación.
2	
3	
4	Tiempo de verbo.
5	
6	Nombre propio.
7	
8	
9	Musical.
10	

M. MARZAL

Rey de España....

ANDALUZADA

Visitaba un sevillano la catedral de Toledo, y asombrado contemplaba la grandeza de aquel templo. Mas no quiso que su tierra, ni aun por sólo ese concepto, bajo otra alguna quedase, «Pues donde se halla Sevilla, quítese todo de en medio. Tiene nuestra catedral unos claustros tan soberbios, que dos kilómetros mide de largo el que mide menos.» Y como un amigo suyo, muy disimulado, pero con fuerza, le pellizcase para advertirle el portento, dijo el andaluz...: «En cambio la anchura es de medio metro.»

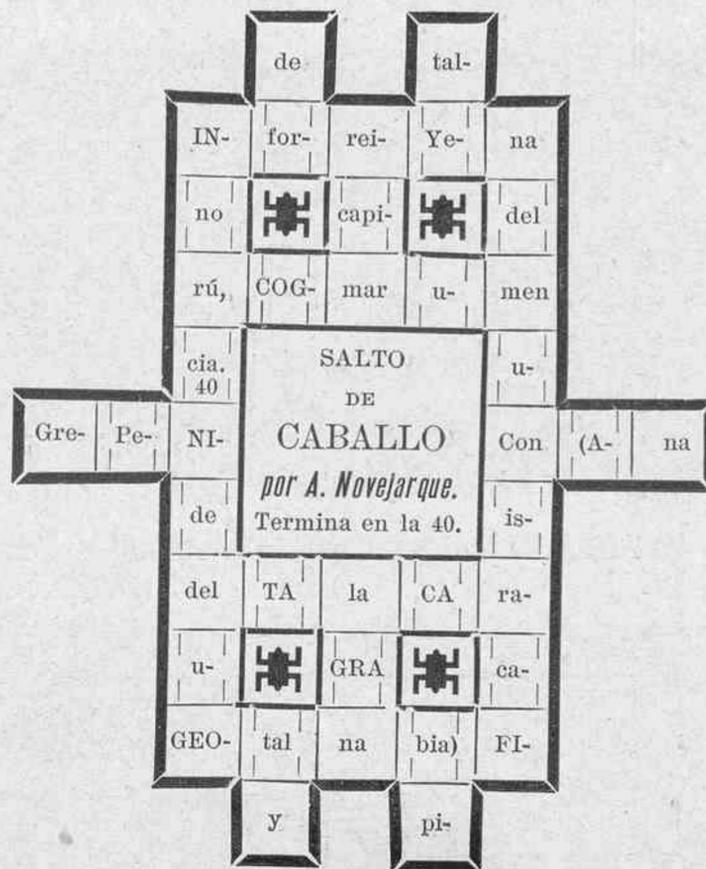
Rafael Maroto.

PENSAMIENTOS

La inspiración, que es un prodigio, va mezclada de cierto sagrado estupor.

Cierta majestad del espíritu se parece á las soledades, y asombra.

El genio sobre la tierra es la viva manifestación de Dios. Dios se muestra cada vez que aparece una de las grandes obras maestras.



CHARADITA, POR M. MARZAL

Letra, primera; la dos, política; nota la tercia, y el todo un dios.

Chuletas empanadas y tostadas.

Después que hayan estado en adobo una ó dos horas con aceite, hierbas finas, sal, pimienta, el jugo de un limón y unas gotas de vinagre, se espolvorean con pan rallado para que se tuesten á fuego lento, y se sirven con la salsa que se quiera.

Propuso á su amigo Lucas el jugador Bonifacio jugar con él al billar dos partidas mano á mano. Y aquél, que muy pocas veces se ha visto en la mano un taco, no queriendo caer de primo, le dijo muy amoscado: —Lo que es contigo no juego aunque me des quince palos.

Los que á los tibios inflamar intentan, no han comprendido aún que muchos que no rezan llegarían á rezar con Rosarios como tú.

SUSTRACCIÓN Y COMBINACIÓN

1.º Sustraer una letra de cada significado y combinadas las que queden, se formará el inmediato.

1, Apellido de un político.—2, antifaz (plural).—3, naipes.—4, infinitivo.—5, habitación.—6, nombre de letra (plural).—7, negación.

2.º Las letras que se han sustraído, colocadas en el mismo orden, expresarán lo que se haya sustraído.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

Á la marcha de Torre:

Sígase la marcha de torre en el juego de ajedrez, y váyanse punteando las casillas

cuyas sílabas se van descifrando, tanto para no volver á pasar sobre ellas como para facilitar la solución.

A la charada en acción:

Jacarear.

A los lonsajes hidrográficos:

S	N
C E A	P A S
S E G R E	N A V I A
A R A	S I L
E	A

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

Agencia exclusiva en Buenos Aires: Administración de El Guerrillero Español, Piedras, 874.
Agente en Guatemala: M. Bethencourt.

MADRID.—TALLERES TIPOGRÁFICO, DE ESTEREOTIPIA Y ENCUADERNACIÓN DE La Revista Moderna.